

Capítulo 1

El peso del silencio

El silencio en el apartamento era tan denso que podía sentirlo contra la piel, como una presión constante en los oídos. El reloj de la cocina marcaba las dos de la madrugada y yo seguía despierta, sentada en el suelo de la sala, con las piernas cruzadas y el teléfono en las manos. No estaba mirando nada en particular. Solo sostenía el dispositivo, sintiendo el peso frío de la pantalla apagada contra mis dedos, como si fuera un objeto sagrado que no me atrevía a profanar.

Había pasado así las últimas tres noches, en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, esperando que algo cambiara. Que el dolor se hiciera más pequeño. Que el recuerdo de la última llamada telefónica dejara de repetirse en mi cabeza como una canción que no podía parar, un disco rayado que giraba y giraba en el mismo surco una y otra vez. La voz de mi madre, al otro lado de la línea, sonaba cansada. Yo había escuchado esa voz miles de veces a lo largo de mi vida, pero aquella noche sonaba diferente. Sonaba como si supiera que era la última vez que hablaríamos.

—Elena, no puedes seguir así —había dicho.

Yo había respondido algo. No recordaba exactamente las palabras, pero recordaba el tono. Frío. Cortante. El tipo de respuesta que das cuando estás cansada y quieres que la conversación termine rápido para poder seguir con tu vida, como si tuvieras todo el tiempo del mundo. Como si las palabras pudieran esperar. Como si el perdón pudiera esperar.

Pero el tiempo no espera a nadie. El tiempo es un ladrón silencioso

que roba los momentos mientras tú estás distraída, ocupada en cosas que no importan, discutiendo por tonterías que olvidarás al día siguiente. El tiempo no avisa cuando va a terminar. Simplemente se acaba.

Mi madre murió al día siguiente de esa llamada. Un accidente. Un choque en la carretera. El coche que la llevaba a su clase de cerámica, esa actividad que tanto disfrutaba desde que se había jubilado, se salió de la carretera en una curva y volcó contra un árbol. El conductor del otro vehículo había estado distraído, mirando el teléfono, y no vio el semáforo en rojo. Mi madre no tuvo tiempo de reaccionar. No tuvo tiempo de despedirse. No tuvo tiempo de saber que yo la quería, que siempre la había querido, que las palabras que no le dije la noche anterior no eran ciertas.

El operador de l 91 1 me llamó a las siete de la mañana. Yo estaba en la ducha, preparándome para ir a la oficina, y cuando escuché el teléfono sonar, supe que algo andaba mal. No sé cómo lo supe. Tal vez fue el tono del timbre, más insistente de lo normal. Tal vez fue esa sensación extraña que a veces tenemos, ese presentimiento que no podemos explicar pero que nos dice que algo terrible está a punto de suceder.

—¿Señorita Elena Vargas? —la voz del operador era profesional, pero había un dejo de compasión que la delataba—. Lamento informarle que su madre, la señora Cristina Mendoza, ha sufrido un accidente automovilístico. Ha sido trasladada al hospital, pero... sus heridas son graves. Debe venir lo antes posible.

Llegué al hospital veinte minutos después. Pero ya era demasiado tarde. Mi madre había muerto en la sala de emergencias, rodeada de médicos que hicieron todo lo posible por salvarla. No tuve la

oportunidad de despedirme. No tuve la oportunidad de decirle que lo sentía. No tuve la oportunidad de decirle que la quería.

Y ahora, tres semanas después, seguía sentada en el suelo de su apartamento —el apartamento que ahora era mío— con el teléfono en las manos, esperando que el tiempo volviera atrás.

El teléfono vibró en mi mano y el sobresalto me hizo soltarlo. Cayó sobre la alfombra con un golpe sordo y la pantalla se iluminó mostrando una notificación de correo electrónico. Lo ignoré. No era importante. Nada era importante ahora, excepto el vacío que se había instalado en mi pecho y que crecía un poco más cada día, como una planta oscura alimentada por la culpa.

El apartamento era demasiado grande para una sola persona. Lo había heredado de ella, junto con el resto de sus pertenencias, y cada rincón guardaba un eco de su presencia. La cocina donde me enseñó a hacer pan, con los mismos utensilios de metal colgando de la pared. El pasillo donde colgaba sus fotografías favoritas, esos retratos de paisajes que ella misma había tomado durante sus viajes. La ventana del estudio desde donde miraba el atardecer con una taza de té en la mano, su mirada perdida en el horizonte mientras el sol se ponía lentamente.

No había podido deshacerme de nada. Todavía no. Las cajas con sus libros seguían apiladas contra la pared del comedor, esperando ser abiertas y clasificadas. Su ropa colgaba en el armario del cuarto principal, intacta, como esperando su regreso. Yo dormía en el sofá de la sala porque no soportaba la idea de entrar a su habitación, de tender la mano hacia el lado vacío de la cama y no encontrar nada. La cama seguía hecha, con las mismas sábanas de flores que ella había puesto la semana antes de morir. Su perfume aún flotaba en

el aire, mezclado con el olor a polvo y a ausencia.

Un ruido en la cocina me hizo levantar la cabeza. Nada. Solo el refrigerador encendiendo su motor, ese zumbido familiar que siempre habíamos escuchado en las noches de insomnio. Mi madre solía decir que el refrigerador era como un animal doméstico, un compañero fiel que nunca dormía y que siempre estaba ahí, vigilando la casa mientras los humanos descansaban.

Volví a mirar el teléfono. La notificación del correo seguía allí, parpadeando. Empujé el dispositivo con el pie hasta que se deslizó debajo del sofá y me quedé a oscuras, mirando la silueta borrosa de los muebles contra la tenue luz de la calle que se filtraba por las cortinas. No dormí en toda la noche.

Al amanecer, el sol se coló por las rendijas de las cortinas y me encontró todavía en el suelo, con las piernas entumecidas y los ojos secos de tanto mirar la oscuridad. Me levanté con esfuerzo, sintiendo cada músculo protestar por la posición incómoda. El apartamento estaba frío. Siempre estaba frío desde que ella se había ido, como si el calor se hubiera ido con ella, llevándose la vida que una vez llenó cada rincón.

Fui a la cocina y abrí la nevera. Estaba vacía, salvo por un cartón de leche caducada y unas cuantas verduras marchitas que ya no servían para nada. No había comido bien desde el funeral. No había comido bien desde que ella murió. La comida no me interesaba, no me daba hambre, no sentía el placer de saborear algo caliente y reconfortante. Todo sabía a ceniza, a vacío, a nada.

Me preparé un café instantáneo, el mismo café barato que siempre tomaba, y me senté en la mesa de la cocina con la taza humeante entre las manos. El vapor se elevaba hacia mi rostro y yo cerraba

los ojos, tratando de recordar el aroma del café que mi madre preparaba. Ella usaba granos especiales, de esos que compraba en una tienda pequeña del centro, y los molía a mano todas las mañanas. El olor llenaba toda la casa y me despertaba incluso antes de que sonara el despertador. Era uno de esos pequeños placeres que daban sentido a los días, una rutina que ahora se había roto para siempre.

El teléfono volvió a vibrar, esta vez con más insistencia. Lo saqué de debajo del sofá y miré la pantalla. Era Sofía, mi jefa. Llevaba tres días sin ir a la oficina, tres días sin contestar sus mensajes, tres días desconectada del mundo. Sabía que no podía seguir así. Sabía que mi trabajo, mi carrera, mi vida profesional estaban en juego. Pero en ese momento, nada de eso parecía importar.

Dejé que la llamada pasara a buzón y volví a mirar la taza de café. El líquido oscuro se había enfriado, formando una película delgada en la superficie. Lo tiré por el fregadero y dejé la taza en el lavavajillas, junto a las otras tazas sucias que se acumulaban desde hacía días.

Tenía que hacer algo. Tenía que salir de ese apartamento, de ese agujero oscuro en el que me había encerrado. Tenía que volver a la vida, aunque no tuviera ganas, aunque todo mi cuerpo se negara a moverse. Mi madre no habría querido verme así. Mi madre siempre me decía que la vida seguía, que el dolor era parte de ella, que no podía dejar que la tristeza me consumiera.

Pero mi madre no estaba aquí para decírmelo.

Subí al baño y me miré en el espejo. La mujer que me devolvía la mirada era casi irreconocible. Tenía los ojos hundidos, rodeados de ojeras moradas que se extendían como manchas de tinta. El cabello,

que siempre había cuidado con esmero, estaba enmarañado y sin brillo. Las mejillas, antes llenas y saludables, ahora estaban hundidas, marcando los pómulos con una dureza que no recordaba.

—Vas a salir de esto —me dije en voz baja, y mi propia voz sonó extraña, como si perteneciera a otra persona—. Tienes que salir de esto.

Pero las palabras sonaban vacías, sin convicción, sin el peso de la certeza. No era más que un eco de lo que mi madre solía decirme cuando yo estaba triste, un intento desesperado de aferrarme a algo que ya no existía.

Me duché con agua caliente, sintiendo cómo el vapor envolvía mi cuerpo y aliviaba un poco la tensión en los hombros. Me vestí con ropa limpia, la primera que encontré en el armario, y salí de la casa con la sensación de que estaba dejando atrás algo que nunca podría recuperar.

La oficina estaba a cuarenta minutos en coche, pero yo no quería conducir. No quería sentir el volante entre las manos, no quería mirar la carretera y pensar en el accidente, en el coche de mi madre destrozado contra el árbol, en la sangre que los bomberos tuvieron que limpiar del asfalto.

Tomé un autobús, el mismo que ella solía tomar para ir a sus clases de cerámica. El trayecto era tranquilo, con pocos pasajeros a esa hora de la mañana. Me senté junto a la ventanilla y miré el paisaje urbano desfilarse, los edificios grises, los árboles escuálidos, las tiendas que aún no habían abierto. Todo era igual que siempre, y sin embargo, todo era diferente. El mundo seguía su curso mientras yo seguía atrapada en el mismo día, en el mismo momento, en la misma llamada telefónica que nunca podría descolgar.

La oficina de Polaris Labs estaba en el décimo piso de un edificio de vidrio y acero, en el centro de la ciudad. Cuando salí del ascensor, el sonido de los teclados y las conversaciones telefónicas me golpeó como una ola. La vida seguía, implacable, indiferente a mi dolor.

—Elena —dijo Sofía, apareciendo detrás de mí con una taza de café en la mano—. Me alegra verte. Estaba empezando a preocuparme.

—Lo siento —respondí, y mi voz sonó mecánica, como si las palabras fueran programadas—. Necesitaba unos días.

—Lo sé. Lo de tu madre fue... fue duro. Todos lo entendemos.

Asentí sin mirarla. No quería hablar de eso. No quería que la gente me dijera que lo entendían, porque no lo entendían. No podían entenderlo. No habían estado en esa habitación de hospital, viendo cómo los médicos se rendían uno tras otro. No habían recibido esa llamada a las siete de la mañana, escuchando al operador decir las palabras que cambiarían tu vida para siempre.

—Tengo algo que mostrarte —dijo Sofía, y su tono se volvió más profesional—. He estado revisando tu proyecto personal. El de la realidad aumentada.

Mi corazón dio un vuelco. Nostos. Mi proyecto secreto, mi obsesión, la única razón por la que seguía levantándome cada mañana.

—¿Qué has visto? —pregunté, y mi voz sonó más aguda de lo que pretendía.

—Los prototipos que dejaste en la plataforma de pruebas. Son

impresionantes, Elena. Nunca había visto nada igual. La forma en que recreas los recuerdos, la precisión de los detalles... es como estar allí otra vez.

—No es más que un experimento —dije, tratando de sonar despreocupada—. No sé si tiene aplicación comercial.

—Tal vez no. Pero vale la pena seguir investigando. Tienes un don para esto.

Sofía me sonrió y se fue, dejándome en la entrada de la oficina con un nudo en la garganta.

No sabía si mi proyecto era impresionante o simplemente patético. No sabía si estaba creando algo hermoso o simplemente alimentando mi obsesión. Pero sabía una cosa: Nostos era lo único que me mantenía cuerda. Era lo único que me permitía ver a mi madre otra vez, aunque fuera en una proyección de luz y sonido.

Me senté en mi cubículo y abrí la computadora. La pantalla de inicio mostraba el logotipo de Polaris Labs, pero yo ignoré los correos y los mensajes y fui directamente a la carpeta oculta donde guardaba los archivos de Nostos.

Había estado trabajando en ello durante meses, en las noches y los fines de semana, cuando la oficina se vaciaba y el silencio me permitía concentrarme. La idea original había sido crear una herramienta para ayudar a pacientes con Alzheimer a recuperar fragmentos de su memoria perdida. Una forma de preservar los recuerdos antes de que se desvanecieran para siempre. Pero después de la muerte de mi madre, el proyecto había tomado un rumbo diferente. Ahora era mi forma de aferrarme a lo que había perdido, de mantenerla viva aunque fuera en una ilusión.

Abrí el programa y cargué el primer archivo. Un video de mi madre en la cocina, riendo mientras intentaba enseñarme a hacer empanadas. Mis dedos de entonces eran torpes y la masa se pegaba a la mesa, pero ella no se impacientaba. Solo reía y me corregía con paciencia, con esa sonrisa suya que iluminaba toda la habitación.

La realidad aumentada se activó y mi cubículo se transformó en esa cocina. Las paredes de la oficina desaparecieron y de repente estaba allí, en el pasado, viendo a mi madre como si estuviera a mi lado. Podía extender la mano y tocar su hombro. Podía oler la masa y el aceite caliente. Podía escuchar su risa como si nada hubiera cambiado.

Pero no era real. Lo sabía. Era solo luz y sonido y datos, una ilusión cuidadosamente construida para engañar a mis sentidos. Un fantasma de silicio y electricidad.

Y aun así, era la única forma que tenía de estar con ella.

—Te extraño, mamá —susurré, y la proyección de mi madre giró la cabeza y me miró con esos ojos que ya no existían en el mundo real.

—Yo también te extraño, hija —dijo, y su voz era tan perfecta, tan idéntica al original, que sentí un nudo en la garganta y las lágrimas empezaron a formar en mis ojos.

Pero no era ella. No podía ser ella. Era solo un eco, una grabación, un recuerdo codificado en unos y ceros. No podía hablar conmigo. No podía escucharme. No podía decirme que me perdonaba.

Cerré el programa con un movimiento brusco y la cocina desapareció, dejándome otra vez en mi cubículo, sola y vacía. El silencio de la oficina me envolvió como una manta fría y yo me

quedé mirando la pantalla vacía, sintiendo el peso de mi propia soledad.

Y entonces, por primera vez desde que empezó todo, algo en la pantalla de mi computadora me llamó la atención. Un icono que no recordaba haber visto, una carpeta que no había creado, un archivo que no pertenecía a mi proyecto.

Boda_playa_1989.rec

El nombre me pareció extraño, casi ridículo. Mi madre nunca se había casado en la playa. Su boda con mi padre había sido en una pequeña iglesia de barrio, con apenas unos pocos invitados y un vestido sencillo que ella misma había cosido. Lo sabía porque lo había visto en las fotografías del álbum familiar, en las historias que ella misma me contaba.

Hice clic en el archivo sin pensar, sin saber que estaba a punto de abrir una puerta que no podría cerrar.

Y el mundo que conocía se desvaneció.